



Acumulación originaria, guerra y diferencia

Acumulació originària, guerra i diferència

Original Accumulation, War and Difference

Andrés Timón López-Molina 

Universitat Oberta de Catalunya
andrestlm@uoc.edu

Recibido: 24/10/2024

Aceptado: 02/12/2024

Publicado: 01/2025



Under a Creative Commons Attribution (CC BY) International License.

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

© Andrés Timón López-Molina, 2025

Resumen

La acumulación originaria creó las condiciones de posibilidad y existencia del capitalismo. Según la formulación original de Marx esta consiste en “el proceso histórico de escisión de productor y medios de producción”. La resultante de este proceso, para él, es la aparición de masas de trabajadores desposeídos por un lado y capitalistas organizados como clase por otro. Asimismo, Marx considera la guerra como elemento movilizador y productor de relaciones sociales. Partiendo de esto, se hará una lectura más amplia del proceso de acumulación originaria. Se entiende que si esta genera por primera vez las condiciones de existencia del capitalismo, estas no pueden dejar de reproducirse. Es pertinente así hablar de acumulación originaria continuada. Del mismo modo, se expondrá cómo una lectura ampliada de la acumulación originaria revela que la dominación del trabajador asalariado no es la única fundamental y constitutiva del capitalismo. Sexismo y racismo lo son igualmente. Bajo esta matriz interpretativa, nos aproximaremos a la obra de autoras y autores como Federici, Scholz, Mbembe, Said o Lazzarato. Sus argumentos nos ayudarán a discutir un concepto de clase más rico que el del marxismo clásico, que reconozca diferencias como las de sexo y raza como parte de la clase.

Palabras clave

acumulación originaria, guerra, diferencia, clase, capitalismo histórico.

Resum

L'acumulació originària va crear les condicions de possibilitat i existència del capitalisme. Segons la formulació original de Marx aquesta consisteix en “el procés històric d'escissió de productor i mitjans de producció”. La resultant d'aquest procés, per a ell, és l'aparició de masses de treballadors desposseïts d'una banda i capitalistes organitzats com a classe per un altre. Així mateix, Marx considera la guerra com a element mobilitzador i productor de relacions socials. Partint d'això, es farà una lectura més àmplia del procés d'acumulació originària. S'entén que si aquesta genera per primera vegada les condicions d'existència del capitalisme, aquestes no poden deixar de reproduir-se. És pertinent així parlar d'acumulació originària continuada. De la mateixa manera, s'exposarà com una lectura ampliada de l'acumulació originària revela que la dominació del treballador assalariat no és l'única fonamental i constitutiva del capitalisme. Sexisme i racisme ho són igualment. Sota aquesta matriu interpretativa, ens aproximarem a l'obra d'autores i autors com Federici, Scholz, Mbembe, Said o Lazzarato. Els seus arguments ens ajudaran a discutir un concepte de classe més ric que el del marxisme clàssic, que reconegui diferències com les de sexe i raça com a part de la classe.

Paraules clau

acumulació originària, guerra, diferència, classe, capitalisme històric.

Abstract

Original accumulation created the conditions of possibility and existence of capitalism. According to Marx's original formulation it consists of “the historical process of the separation of producer and means of production”. The result of this process, for him, is the emergence of masses of dispossessed workers on the one hand and capitalists organised as a class on the other. Marx also sees war as a mobilising and producing element of social relations. On this basis, a broader reading of the process of original accumulation will be made. It is implied that if it generates the conditions of existence of capitalism for the first time, these conditions cannot fail to reproduce themselves. It is thus pertinent to speak of continuous original accumulation. Similarly, it will be shown how an expanded reading of the original accumulation reveals that the domination of the wage labourer is not the only fundamental and constitutive one of capitalism. Sexism and racism are equally so. Under this interpretative matrix, we will approach the work of authors such as Federici, Scholz, Mbembe, Said or Lazzarato. Their arguments will help us to discuss a richer concept of class than that of classical Marxism, which recognises differences such as sex and race as part of class.

Keywords

Original Accumulation, War, Difference, Class, Historical Capitalism.

1. Introducción: la acumulación originaria

Tras dedicar un tomo entero a estudiar el proceso de producción del capital —y sus modos de circulación, valorización, acumulación...—, esto es, al estudio de los procesos más generales que caracterizan la existencia del capitalismo, Marx dedica los dos últimos capítulos de *El Capital* a estudiar cómo el vínculo social bajo el capitalismo se crea —los presupuestos de su existencia—.

«Todo el proceso —dice Marx (2017)—, pues, parece suponer una acumulación “originaria” previa a la *acumulación capitalista* [...], una acumulación que no es el *resultado* del modo de producción capitalista, sino su *punto de partida*» (807). Para que haya capitalismo, indica Marx, no basta con que existan el dinero y la mercancía —si bien estos fueron el punto de partida de su análisis—. Hay unas precondiciones históricas que determinan su nacimiento. Si el capital es una relación social, su *a priori* es la existencia separada de los agentes que vincula. La función socializadora del capital emerge con la existencia de los «*propietarios de dinero, medios de producción y de subsistencia*» por un lado y de «*trabajadores libres*», dispuestos a vender su fuerza de trabajo, por otro.

La creación del trabajador libre tiene una historia concreta de expropiación, expolio, colonización y violencia. Los llamados *enclosures* de tierra —cercamientos— son centrales en ella. Esta historia pasa principalmente por la separación de los trabajadores de sus medios de subsistencia anteriores. «La llamada “acumulación originaria” no es, por consiguiente, más que el *proceso histórico de escisión entre productor y medios de producción*» (Marx, 2017: 808).

Marx (1998) deja al comienzo de los *Grundrisse* una anotación muy sugerente:

«*La guerra* se ha desarrollado antes que la paz: mostrar la manera en que las relaciones económicas tales como el trabajo asalariado, el maquinismo, etc., han sido desarrolladas por la guerra y el ejército antes que en el interior de la sociedad burguesa» (30).

Esto, que deja sin desarrollar ahí, es fundamental. Para Marx la guerra es un elemento movilizador y creador de las relaciones sociales capitalistas. La guerra¹ es creadora de relaciones sociales nuevas en la medida en la que destruye las anteriores; despeja el territorio sobre el que se instauran las formas capitalistas de vínculo social.

Estas formas de vínculo social, las relaciones de clase, no se cristalizaron de una vez y para siempre tras la acumulación originaria Tal y como recuerda Ellen

¹ Durante el artículo se hablará repetidamente de guerra. Si hablamos de guerra de forma reiterada no es por ningún apego a esta. La guerra es una forma de barbarie, y si queremos comprender algunos de motivos por los que se da hoy, esto se hace desde un profundo convencimiento antibelicista.

Meiksins Wood (1983) a propósito de la teoría de clase de E. P. Thompson, «la clase, al comienzo de un modo de producción histórico, no es lo que es al final» (97). La lucha de clases, como conflicto —guerra, podríamos decir— inmanente al modo de producción, modula y transforma las clases y sus relaciones internas y externas a lo largo de una historia que empieza con la acumulación originaria. En comienzo mismo del capitalismo histórico, con la producción del ‘trabajador libre’ y el resto de figuras de la clase subalterna, emergen resistencias a la proletarización que son ya lucha de clases.

Las categorías económicas de la crítica de la economía política que describen las formas de vínculo social capitalista son «abstracciones reales»; bien, la *realidad* de estas abstracciones —dinero, capital, valor, trabajo abstracto...— depende de procesos concretos que las afiancen: se impusieron violentamente mediante guerra, guerra civil, colonización y otros medios violentos —y así, podemos intuir que el nacimiento del Estado moderno soberano y la imposición del Capital como modo de producción social son procesos paralelos que se coimplican—. La condición de posibilidad del capitalismo es su *pecado original*: la acumulación originaria.

Este proceso de acumulación planteado por Marx ha sido estudiado más ampliamente por más teóricas y teóricos que, en parte, cogen su testigo. A continuación, seguiremos su estela a través de los estudios de Federici, Said, Mbembe, Lazarato y Scholz, entre otros.

2. La acumulación originaria continuada

Para Marx la acumulación originaria «configura la *prehistoria del capital* y del modo de producción correspondiente al mismo». Habría sucedido, pues, en un *antes* del capitalismo o, a lo sumo, en el momento en que emerge. En el mismo pasaje, no obstante, abre la posibilidad a una interpretación más amplia de la acumulación originaria:

«la relación del capital presupone la *escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo*. Una vez establecida la producción capitalista, la misma no solo mantiene esa división, sino que *la reproduce a escala cada vez mayor*» (Marx, 2017: 808).

Esto es: la acumulación originaria, al socializar el capital, instituye la relación y diferencia de clase —en su expresión clásica, diríamos que la relación capitalista es la relación de clase entre proletarios y burgueses—. Una vez se implanta como relación productiva, esta tiene que *reproducirse a escala cada vez mayor*. El poder del capital consiste en la producción y reproducción de estas condiciones objetivas de escisión y de las figuras subjetivas que la realizan.

De este modo, vemos que el capital tiene que garantizar en todo momento las condiciones de posibilidad de su existencia, y en ese sentido podemos hablar de *acumulación originaria continuada* —expresión que tomo de Mauricio Lazzarato y Éric Alliez—: esta, que vela por la reproducción de la relación de clase, no puede dejar de suceder. Tiene que repetirse en cada momento y reiniciarse en nuevos frentes: colonizar otras tierras y separar otros cuerpos de sus medios de subsistencia —una y otra vez, y de modos singulares adecuados a cada ocasión—. Ahí donde el vínculo social capitalista ya se ha establecido tiene que ser mantenido. La guerra —civil o no, de alta o baja intensidad, por medios violentos o a través de la economía— es, en este sentido, el *modus vivendi* del capitalismo.

En el proceso de acumulación originaria descrito por Marx, el capital crea su «Otro» más conocido: el trabajador asalariado. Pero como veremos, fue igualmente fundamental para la génesis del capitalismo la apropiación del trabajo de los esclavos en las colonias y del trabajo reproductivo de las mujeres. Así, podemos tener una visión rica y heterogénea del proletariado, o comprender que el capital se opone a los vivos y se establece en el territorio según una multiplicidad de formas que se han transformado a lo largo de la historia.

El teórico poscolonial Achille Mbembe nos muestra cómo la ocupación colonial en África ha supuesto la implantación de formas de coerción económica y de poder estatal (o paraestatal) diferentes a las del centro capitalista europeo. No obstante, en términos amplios, el objetivo es el mismo: territorializar el capitalismo en el continente. «La propia ocupación colonial —comenta Mbembe (2011)— es una cuestión de adquisición, de delimitación y de hacerse con el control físico y geográfico: se trata de inscribir sobre el terreno un nuevo conjunto de relaciones sociales y espaciales» (43). Las dinámicas de poder del colonialismo y del poscolonialismo son mucho más cruentas que las del capitalismo occidental, pero ambos polos son parte constitutiva del capitalismo mundial y su capacidad de mando globalizada. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

Los escritos de Silvia Federici, especialmente *Calibán y la bruja*, son una referencia indispensable para estudiar los procesos de acumulación originaria continuada. A través de estos mecanismos, argumenta, «no solo se separa al campesinado de la tierra sino que también tiene lugar [la escisión del] proceso de producción (producción para el mercado [...]) y el proceso de reproducción (producción de la fuerza de trabajo)» (Federici, 2018: 19). Son procesos que quedan físicamente separados y que históricamente han quedado encargados a figuras subjetivas distintas: las tareas reproductivas, típicamente invisibilizadas, quedan impuestas a las mujeres. Tanto este proceso de acumulación, como el situado en las (pos)colonias, como el originalmente descrito por Marx son condiciones de posibilidad de la existencia y supervivencia del capitalismo. El sexismo y el racismo son formas de dominación

socialmente objetivadas, que tienen que ver con la historia colonial del capitalismo y la expropiación del trabajo reproductivo realizado por los cuerpos feminizados.

Trabajador libre, sexo y raza son cuestiones que forman todas parte de la clase y de su composición histórica. Como señala M^a. Fernanda Rodríguez (2024) en un artículo muy preciso, «sin reproducirse bajo el capitalismo estas diferencias de raza, sexo y sexualidad, no podría efectuarse históricamente la acumulación de capital». La cuestión de clase no se reduce a la cuestión del trabajador asalariado. Lo que nos muestra una comprensión más amplia de la acumulación originaria (continuada) que la inicialmente formulada por Marx es que los conflictos de sexo y raza tienen que ver también con la construcción histórica y actual del capitalismo, y que pueden —y deben— comprenderse como parte del repertorio de los conflictos de clase.

3. Escisión del valor y acumulación del trabajo reproductivo

En el planteamiento original de Marx, la acumulación primitiva de capital escinde a los trabajadores de los medios de producción. Como vimos, esto es un *a priori* del capital y, por tanto, es condición necesaria para que este se valore en distintos ciclos —lo que comporta su *fin*; la revalorización del capital es su forma de existencia—. Yendo más allá de las consideraciones de Marx, la teórica Roswitha Scholz plantea que para que el trabajo productivo pueda tener lugar —esto es, para que haya fuerza de trabajo capaz de generar valor disponible— una parte de las actividades humanas tienen que escindirse de la esfera productiva. Estas son las actividades reproductivas y, más ampliamente, todas aquellas actividades asociadas a lo femenino.

Para Scholz (2013) «el modelo civilizatorio productor de mercancías tiene su condición de posibilidad en la opresión de las mujeres» (50), que «han de responsabilizarse ante todo del ámbito de la reproducción, menos valorado socialmente y no representable en dinero» (49). Las actividades domésticas y de cuidados, así como ciertos atributos de género, se encuentran para ella escindidos de la esfera de producción, donde el valor se realiza. De este modo:

«lo decisivo es que la esfera privada [—la de las actividades domésticas y de privados—] no puede ser concebida como algo que se deriva del “valor” [—ligado a la esfera del trabajo productivo—], sino que es un ámbito escindido» (Scholz, 2013: 52).

Con esto Scholz apunta a que ni la esfera de la producción ni la de la reproducción es anterior a la otra en la constitución del capitalismo: «(Plus)Valor y escisión están en una relación dialéctica entre sí. El uno no puede derivarse del otro, sino que cada uno surge del otro» (Scholz, 2017: 484). Trabajo productor de valor y

actividades reproductivas (de la fuerza de trabajo) son actividades diferentes, y las segundas no pueden subsumirse a la lógica de las primeras. Sin embargo, si bien la teoría marxista típicamente ha dado prioridad a las primeras, ambas son para Scholz fundamentales en el capitalismo. La separación de producción y reproducción —la escisión del valor—, con la relación de dominio patriarcal que ello conlleva, es considerada así como principio formal de la sociedad capitalista.

¿Qué relación tiene esto con la acumulación originaria?

«En la historia del proceso de *escisión* hacen época, desde el punto de vista histórico, los momentos en los que se *separa* súbita y violentamente grandes masas humanas de sus medios de subsistencia y reproducción y se las arroja, en calidad de proletarios totalmente libres, al mercado de trabajo» (Marx, 2017: 809).

Así describe Marx la historia de la *separación* de trabajadores y medios de subsistencia. Análogamente, atendiendo a los argumentos de Scholz, la separación de las actividades productivas y reproductivas debe tener también una historia.

Federici estudia esta historia en *Calibán y la bruja*². Es, igualmente, una historia de violencia, que acumula trabajo reproductivo mediante una guerra contra las mujeres que se libra en los albores del capitalismo. La división sexual del trabajo, que disciplina la función reproductiva y el cuerpo de las mujeres, se desarrolla también durante la acumulación originaria. Federici sitúa como caso paradigmático las cacerías de brujas de los siglos XVI y XVII —las guerras campesinas datan del siglo XVII: son procesos de acumulación primitiva y lucha de clases entrelazados—. Sus estudios demuestran que se libró —y se libra— una verdadera guerra contra las mujeres, que instituyó la actual división sexual del trabajo.

El capitalismo, desde sus orígenes, está vinculado al sexismo y precisa de él. Para la acumulación originaria fue crucial relegar a la mujer al ámbito doméstico, comandándole la tarea de producir una muy particular mercancía: la fuerza de trabajo. Cuando fue preciso, se instaló un fuerte control sobre la procreación, acorde a las necesidades del mercado de nueva fuerza de trabajo. Además, el trabajo doméstico, especialmente antaño, no es reconocido —la función social de la mujer quedaba mistificada e invisibilizada—. Por medio del salario, que solo lo percibe el trabajo considerado productivo, se instaura un «patriarcado del salario» a través del cual se ejerce y ejerce un control económico sobre los cuerpos feminizados. En el momento en el que las mujeres se integran en la sociedad civil accediendo al mercado de

² Hay aspectos de los estudios de Scholz y de Federici que son difíciles de hacer compatibles. Donde Federici habla de '*trabajo reproductivo*' (doméstico, no pagado), Scholz habla de '*actividades reproductivas*'. Sus divergencias, que principalmente parten de este elemento, no anulan un punto de acuerdo central entre las dos, que es el relevante para este texto: el capitalismo tiene como condición de existencia la separación de los ámbitos productivos y reproductivos. Una discusión sobre este asunto puede encontrarse en Briaies (2014).

trabajo, se produce lo que Scholz denomina la «“doble socialización” de las mujeres» (Scholz, 2017: 60). Ahora, la estructura patriarcal que escinde producción y reproducción sigue operando y siendo fundamental para el capitalismo: las mujeres siguen mayoritariamente a cargo de las tareas reproductivas, pero participan también de los circuitos de explotación laboral.

El resultado general de los procesos de acumulación originaria fue un cercamiento de las relaciones sociales. El ataque contra las mujeres, los campesinos, los pobres y las formas comunes de tenencia y producción supuso, en el origen del capitalismo, un ataque a todas las formas de socialidad colectivas. En palabras de Federici:

«el cercamiento físico ejercido por la privación de la tierra y los cercos de las tierras comunes fue ampliado por medio de un proceso de cerramiento social, el desplazamiento de la reproducción de los trabajadores del campo abierto al hogar, de la comunidad a la familia, del espacio público (la tierra común, la iglesia) al privado» (Federici, 2016: 127).

Grandes masas de gente, hay que decirlo, se opusieron a estos procesos de acumulación originaria y cercamiento social, escribiendo los primeros capítulos de la lucha de clases en el capitalismo.

4. Colonialismo, guerra y diferencia

La plantación, la colonia y la poscolonia

La acumulación originaria produjo y sigue produciendo las condiciones de existencia del capitalismo. Instituye la diferencia de clase, como señaló Marx, y la diferencia sexual según su régimen actual, como acabamos de ver. En *Calibán y la bruja* Federici relata también cómo el capitalismo, desde sus orígenes coloniales, ha instaurado una división racial del trabajo. Para reproducirse este no solo necesitó la apropiación del trabajo femenino: también precisó de apropiarse de grandes masas de trabajo esclavo. Sexismo y racismo guardan una relación íntima³.

³ En la historia del trabajo esclavo en las colonias se encuentran las claves para la comprensión de la cuestión de la raza y el racismo en el capitalismo. Esto no va a ser objeto de desarrollo detallado en este artículo. Una muy buena explicación de esta cuestión —mejor, sin duda, que la que aquí podría llegar a hacerse— se encuentra en el ya citado artículo de M^a Fernanda Rodríguez (2024). Llegué a ese texto una vez había escrito una primera versión completa de este artículo. Muchas conclusiones y líneas de análisis son compartidas, y gracias a su artículo las comprendí mejor. Recomiendo la lectura de ese texto a quien tenga interés en estos temas. Aborda la cuestión de la composición histórica y política clase con especial claridad, más teniendo en cuenta lo difícil y profundo del problema.

Las plantaciones de las colonias americanas permitieron abastecer de alimento a las masas proletarias europeas. Su sistema de explotación prefiguró los dispositivos de disciplina y coerción que posteriormente se usarían en las fábricas. Configuró también por primera vez los usos de la inmigración dentro del mercado mundial de mano de obra y comenzó a dibujar el mapa de la globalización.

«En particular —señala Federici (2016)—, la plantación fue un paso clave en la formación de la división internacional del trabajo que —a través de la producción de “bienes de consumo”— integró el trabajo de los esclavos en la reproducción de la fuerza de trabajo europea, al tiempo que mantenía a los trabajadores esclavizados asalariados geográfica y socialmente separados» (159).

Para Achille Mbembe (2008), igualmente, «la “plantación” ya prefigura una nueva conciencia del mundo y de la cultura» (54). Las colonias son el gran laboratorio de la modernidad, y la emergencia de la totalización de las relaciones mercantiles con la globalización debe de pensarse de la mano de la historia de la trata de esclavos y la guerra contra las mujeres. En la configuración mundial del trabajo que se establece con la acumulación originaria se ensayan dispositivos de poder y sujeción que son hoy analizados bajo los conceptos de «biopolítica» y «necropolítica». Inicialmente fueron los guardianes de las diferencias de género y raza, pero finalmente se extienden a todo el campo de lo social.

El régimen de explotación que se instaura con el colonialismo en las colonias existe ahora bajo otras modalidades. Especialmente en África, los países que fueron colonizados, ahora emancipados de sus metrópolis, siguen siendo foco de expolio bajo regímenes poscoloniales que responden a formas de implantación del capitalismo inéditas.

Estas tierras siguen siendo campos de batalla. La retirada formal de la soberanía de los países europeos ha inducido procesos de reconfiguración bélicos de las relaciones sociales y económicas. Se trata de guerras que, en cierto modo, emprenden un nuevo ciclo de acumulación originaria —una nueva configuración de la desposesión—. Mbembe (2011) es claro al respecto:

«ahí donde se ha llevado a cabo, la actividad guerrera ha provocado un reacondicionamiento de las formas de administración de las tierras, los bienes y las poblaciones [...]. La empresa militar forma parte, junto con otros factores, de los medios a través de los cuales aparecen en el continente nuevas fórmulas de dominación» (106).

El empleo de la fuerza tiene como fin la (re)instauración del imperio de la economía y de las relaciones mercantiles bajo nuevas formas de mando capitalista, sin importar que por ello la vida se devalúe en esas tierras. «Las máquinas de guerra están implicadas en la constitución de economías altamente transnacionales, locales

o nacionales» (Mbembe, 2011: 61). En el fondo de las guerras civiles y transnacionales poscoloniales está entre otras cosas la instauración de un nuevo orden mundial del trabajo adaptado a las necesidades de los actuales ciclos de acumulación de capital.

Nuevas políticas económicas y nuevos dispositivos de poder emprenden en las poscolonias una vez más una expropiación de bienes comunes y un cercamiento de las relaciones sociales. El capital rebasa nuevos límites y fronteras. Mientras el centro occidental sigue ‘en paz’, las economías poscoloniales y sus fronteras son campo de muerte y de disciplinamiento de los cuerpos. En las fronteras del capital están las fronteras de la paz: allá donde busca expandirse y (re)colonizar encontramos formas directas de poder y de dominación, que capturan nuevos elementos que serán carne de acumulación.

Estas dinámicas no son excepciones dentro de la lógica del capitalismo. Como bien dice Boaventura de Sousa Santos (2006), «las estructuras de poder se ven mejor en los márgenes [...]. El centro está en los márgenes» (50): lo que en las poscolonias y en la guerra contra las minorías vemos ejecutarse abierta y visiblemente — *separación y acumulación* por la fuerza, mantenimiento de la relación de mando capitalista—, lo ensaya el capitalismo por otros medios en los ámbitos sociales ‘pacificados’. Ahí, la economía es la continuación de la guerra por otros medios.

Orientalismo (y guerra en Oriente)

El expolio y las necesidades de acumulación crea *diferencias* allí donde sucede. La división mundial del trabajo dibuja a través de las (pos)colonias y la hegemonía de distintas potencias imperialistas los ejes geopolíticos de Norte-Sur y Occidente-Oriente. El filósofo palestino Edward Said llama orientalismo al régimen discursivo y estilo de pensamiento que, centrado en Occidente, produce una distinción ontológica y epistemológica fuerte entre Oriente y Occidente. Según sus palabras, «el orientalismo se puede describir y analizar como una institución colectiva que se relaciona con Oriente, relación que consiste en hacer declaraciones sobre él, adoptar posturas respecto a él, describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él» (Said, 2016: 21).

El orientalismo es un régimen de representación que construye una imagen de Oriente como alteridad sobre la que tener autoridad y a la que dominar. Entre Occidente y Oriente median relaciones de poder y hegemonía. En las décadas recientes, el petróleo árabe y las rutas comerciales que pasan por Oriente —pensemos en el canal de Suez— han sido un pulmón del imperialismo occidental. Asociado al dominio económico en esta zona estratégica está la producción de la «idea de Oriente».

El orientalismo:

«es la *distribución* de una cierta conciencia geopolítica en unos textos estéticos, [...], históricos y filológicos; es la *elaboración* de una distinción geográfica básica, [..., y también] es una cierta *voluntad o intención* de comprender —y en algunos casos controlar, manipular e incluso incorporar— lo que manifiestamente es un mundo diferente» (Said, 2016: 34).

Así, el orientalismo es un asunto netamente occidental, y se corresponde con las técnicas de dominio que Occidente emplea en las tierras orientales y con la representación discursiva que elabora para los oídos occidentales —ambas operaciones van de la mano; una es el correlato de la otra—.

Las fechas en las que Said sitúa el orientalismo como máquina expresiva en contextos culturales y académicos coinciden con los siglos de hegemonización del capitalismo a lo largo del globo. Las guerras actuales en Oriente son la continuación del programa colonial que comienza en los siglos XVIII y XIX —y aquí se hace ineludible mencionar el genocidio en curso contra el pueblo palestino o recordar la Guerra del Golfo en 1990-1991—.

La economía como extensión de la guerra

Por otro lado, lo que el capital no consigue por medio de la guerra abierta puede conseguirlo por vía de la economía y las relaciones monetarias, que son capaces igualmente de estructurar y reestructurar el todo social —como dijimos, la economía continúa cuando es preciso la guerra por otros medios—. Esto es lo que muchos teóricos denominan «colonización hacia dentro», noción útil para describir muchos procesos que se dan especialmente en el Occidente de nuestra época. Para Alliez y Lazzarato (2022) «la moneda es una continuación de la guerra civil por otros medios, más *políticos*» (44), y es capaz de producir efectos análogos a los de la guerra en lugares en los que el mando capitalista goza de buena salud. Por medio de la deuda y la financiarización, por ejemplo, un poder en apariencia solo económico es capaz de ahogar barrios enteros, provocando en ellos un desplazamiento de población que permite instaurar circuitos de valorización nuevos en los centros metropolitanos. Los «ajustes estructurales» implementados por el Fondo Monetario Internacional en las crisis económicas pueden ser entendidos asimismo en estos términos.

En cada caso, se trata de garantizar las condiciones de valorización que demanda el capital y de la reproducción de sus relaciones de mando. La economía es la forma de gobierno ahí donde funcionan técnicas de poder y disciplinamiento más flexibles. Los espacio-tiempos son allí administrados de modo que las condiciones

de *separación* que se instauran con la acumulación originaria —como vimos, entre producción y reproducción, pero más ampliamente entre las poblaciones y sus medios de vida— sigan estando vigentes y se reediten según las modalidades que sean precisas. La genealogía de las técnicas que lo permiten, gracias a las cuales la economía coloniza toda esfera de la vida, las encontramos, como hemos intentado desarrollar, en la plantación, en la guerra —también contra las mujeres y las sexualidades disidentes— y en las (pos)colonias.

5. Conclusiones

Como hemos visto, a través de la acumulación originaria se construyó el orden patriarcal, racial y de explotación de los trabajadores que conocemos hoy. La acumulación originaria continuada, con sus distintas técnicas de poder, control y pacificación, mantiene esta relación de mando y la hace voluble y adaptable a las sucesivas necesidades del imperio capitalista.

Para Federici (2016) este proceso continuado, «la acumulación primitiva[,] ha sido sobre todo una *acumulación de diferencias*, desigualdades, jerarquías y divisiones que ha separado a los trabajadores entre sí e incluso de ellos mismos» (177). El capital, a través de sus mecanismos de poder, crea y mantiene las figuras subjetivas —que podemos nombrar también como ‘formas de la clase’— funcionales a su reproducción. Estas figuras subjetivas, pues, son amplias y van más allá del trabajador libre que se enfrenta con el burgués en el mercado de trabajo. La acumulación originaria supuso —y supone— una acumulación continua de poder y fuerza que permite instaurar de diversas formas las relaciones sociales capitalistas. Configura y moldea también el territorio y su geografía.

El capital *acumula diferencias* a través de las cuales se realiza. En la medida en que el capitalismo busca totalizarse, crea los *otros* que necesariamente se le oponen. Las diferencias que vertebran nuestra comprensión de las contradicciones que el capital engendra —y de ahí, las luchas raciales, de género, laborales, en defensa del territorio y el resto de expresiones de la lucha de clases— son producidas por el capital mismo en el *proceso de totalización estratégica* que caracteriza su modo de existencia (Lazzarato, 2024: 152). El capital, como relación social, no ha de comprenderse entonces netamente como una relación económica: es también una relación de poder —o, más precisamente, engloba todo un crisol de relaciones de poder, sean relaciones de clase o relaciones dentro de la propia clase, etc.—.

Para el capitalismo, supervivencia y crecimiento son sinónimos. El capital solo puede autoconservarse circulando según la fórmula general que descubre Marx: D-M-D’ —dinero-mercancía-cantidad mayor de dinero—. «El valor no se conserva más que con el crecimiento», apunta Marx (2017: 210). Lo cual significa que en cada ciclo

de acumulación el capital necesita expandirse más allá de sus límites. Esto, que está ya inscrito en su lógica más abstracta, implica la realización material que hemos repasado en estas páginas: cada nueva parcela que conquista, cada frontera que sobrepasa, sucede a costa de procesos de dominación e imposición que dejan a su paso un reguero de masas subalternas sometidas y territorios arrasados.

Si la supervivencia del capitalismo está vinculada a su crecimiento, el crecimiento lo está a procesos de acumulación originaria continuada. Si el capital no crece y se revaloriza, deja de realizarse como tal. La lógica de valorización es una lógica abstracta, que en ese plano de concreción no atiende ni a los límites antropológicos ni a los límites biofísicos a los que se enfrenta. El capital, como máquina de guerra y máquina económica, no dejará de operar de este modo bajo sus propios presupuestos. Lo que nos interesa aquí, en definitiva, es la constatación de que la lógica abstracta que rige el automovimiento del capital está intrínsecamente relacionada con procesos concretos que en cada momento permiten afianzar las condiciones de reproducción del capitalismo. El capital acumula un gran poder económico y político que lo hace parecer hoy incontestable e inasible, pero la comprensión de los procesos que le han permitido acumular poder y producirse como relación social nos revela que este equilibrio es siempre inestable porque nunca podemos darlo por garantizado para siempre.

El estudio de la acumulación originaria continuada nos ha permitido echar una mirada a cómo está 'hecho' históricamente el capitalismo. Sus condiciones de posibilidad tienen que renovarse y reafianzarse continuamente porque en su propia lógica está inscrita una procesualidad que le fuerza a ello: en cada ciclo de acumulación tiene que trastocar los mismos vínculos sociales y las disposiciones territoriales que le permiten realizarse. Es importante no olvidar esto, porque deja la puerta abierta siempre a la acción política contra el capital, por muy liquidadas que parezcan las opciones de emancipación social. El capitalismo es tremendamente fuerte, pero nunca definitivo.

Las diferencias producidas por la acumulación originaria continuada generan paralelamente una acumulación de resistencias potenciales. Las jerarquías que el capitalismo produce son, efectivamente, inestables. En el seno de estos procesos de acumulación originaria continuada donde pueden localizarse sujetos antagónicos al capital que pueden llegar a ser capaces de quebrar su lógica de reproducción y organizar alternativas a ella. Y esto nos proporciona la segunda conclusión política de este texto. Cuando hemos hablado de acumulación originaria continuada y de las figuras subjetivas que produce, hemos estado hablando en todo momento de cómo está compuesta histórica y estructuralmente la clase. En la clase se entrecruzan de forma compleja las cuestiones del trabajador asalariado, del sexo y la sexualidad y de la raza; todas son igual de importantes. Para relanzar la cuestión de su recomposición política es ineludible tener en cuenta su diversidad histórica y actual.

Una comprensión suficiente de la génesis del capitalismo desmonta muchas posiciones reaccionarias presentes dentro de alguna izquierda, que descartan luchas feministas o de colectivos migrantes, por ejemplo, por no pertenecer a lo que entienden como lucha de clases. Lo que aquí se propone es no relegar estos conflictos a un segundo plano, donde la batalla primordial sería una ya trillada lucha de clases protagonizada por el obrero clásico, sino constatar que estos problemas forman igualmente parte del primer plano de la lucha contra el capitalismo⁴. Todo intento de recomposición política de la clase de los desposeídos debe de considerar esto. Los términos en los que clásicamente han sido considerados la cuestión de la clase, de la organización y de la revolución se transforman. Conectando las diferencias y resistencias potenciales que forzosamente genera el capitalismo en torno a intereses políticos comunes y compartidos, desde el reconocimiento de su diversidad, es donde están las claves para generar una nueva alianza de clase.

Bibliografía

- Briales, Álvaro (2014). Para una crítica de todos los Trabajos: la teoría de la escisión del valor entre las críticas feministas del capitalismo. *ENCRUCIJADAS. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 7, 153-179.
- Federici, Silvia (2018). *El patriarcado del salario*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Federici, Silvia (2016). *Calibán y la bruja*. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Lazzarato, Maurizio (2024). *¿Hacia una nueva guerra civil mundial?* Madrid: Traficantes de sueños.
- Lazzarato, M. y Alliez, E. (2022). *Guerras y capital*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Marx, Karl (2017). *El Capital. Tomo 1*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, Karl (1998). *Grundrisse. Tomo 1*. Madrid: Siglo XXI.
- Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Mbembe, Achille (2008). ¿Qué es el pensamiento poscolonial? *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 26, 50-61.
- Mbembe, Achille (1992). Provisional Notes on the Postcolony. *Africa: Journal of the International AfricanInstitute*, 62 (1), 3-37.

⁴ Respetando los mismos términos de este artículo, no sería difícil demostrar que luchas organizadas en torno a cuestiones como la vivienda o la defensa del territorio son luchas también contra el capitalismo y vectores de composición de clase. No tener un techo garantizado o el expolio del territorio son ambas cosas consecuencia también de los procesos de acumulación por desposesión similares a los descritos en este texto. – Esto tampoco quiere decir que cualquier lucha que se dé es sin más y automáticamente una lucha contra el capitalismo. Más bien apunta a que son diversas las cuestiones en torno a las que pueden organizarse conflictos que ataquen las necesidades de reproducción del capital.

- Meiksins Wood, Ellen (1983). El concepto de clase en E. P. Thompson. *Cuadernos Políticos* [UNAM: Ediciones Era], 36, pp. 87-105.
- Rodríguez, María Fernanda (2024). Clase, sexo y raza: Más allá de un enfoque interseccional. *Zona de estrategia* [en línea]. Disponible en <https://zonaestrategia.net/clase-sexo-y-raza-mas-alla-de-un-enfoque-interseccional/>. Consultado el 21/10/2024.
- Santos, Boaventura de Sousa (2006). Una nueva cultura política emancipatoria. En: *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires: Clasco.
- Said, Edward (2016). *Orientalismo*. Barcelona: Debate.
- Scholz, Roswitha (2013). El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 5, 44-60.
- Scholz, Roswitha (2017). Escisión del valor, género y crisis del capitalismo. Entrevista con Roswitha Scholz. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 8/9, 2016-17.